



De una futura oblata de Cristo Sacerdote

Me dirijo a todos los seminaristas con el deseo de compartiros la fuerza de mi vocación de oblata, y cómo influyó en ella un voluntariado hecho en Ars, junto con varios seminaristas. Ellos fueron en realidad un instrumento del Señor para hacerme ver lo que es el sacerdocio; y aún hoy son para mí un “signo” de la totalidad de los seminaristas del mundo.

Llegué a Ars para ayudar con las visitas guiadas, dirigidas a los peregrinos que llegaban al santuario. Lo que me llevó a escoger un voluntariado así era una búsqueda de belleza en la arquitectura, el patrimonio, el arte y transmitir todo ese conocimiento a los demás. Me encontré con algo muy distinto: Todo se centraba en torno a la vida del Santo cura. La arquitectura de la nueva basílica y la antigua capilla... todo eso pasaba a un segundo plano.

¿Dónde estaba la belleza que yo venía buscando? Me descolocó. Profundizando en la vida del Santo, descubrí entonces otra belleza, la Verdadera. Nunca se me olvidará cómo oraba San Juan María Vianney: *Yo le miro, Él me mira, “que c’est beau!”* (¡qué bello!). La Belleza del rostro de Cristo. No dejo de sorprenderme cómo el Señor da la vuelta a nuestros deseos, o mejor dicho, los colma de una manera más profunda.

Trabajar y rezar esos días al lado de los seminaristas me hizo comprender la responsabilidad y la grandeza que se deposita en la persona del sacerdote, ya que es una llamada a ser “padres y hermanos”. Lleváis esperanza, alegría, por allí por donde pasáis, porque lleváis a Cristo.

Pero, ¿qué hacía yo en Ars, la única chica, entre tanto seminarista? Esta

pregunta se responde desde el carisma de las oblatas. Como la Magdalena, Juana de Cusa, Susana, y *otras muchas mujeres que les servían*, nosotras continuamos esa entrega, por esos “otros Cristos”, los sacerdotes.

Más allá de este símil, he comprendido que es Cristo quien continúa su oración y oblación pro eis et pro Ecclesia en nosotras. Igual que una lámpara para que ilumine tiene que estar enchufada; el sacerdote y el seminarista necesitan de ese “enchufe”, sobre todo que esté cerca, muy cerca, de la Verdadera Fuente de Luz, que es Jesucristo. Y es que, es así, sólo desde una *vida escondida con Cristo en Dios*, profundamente unida a Él, surge una fuerza de intercesión por y para otros.

El sacerdote es el amor del corazón de Cristo (S. Jean Marie Vianney). Esta frase, releída pasados dos años del voluntariado, me hizo despertar: “Esto es verdadero”, ya lo había experimentado. No sólo en Ars, sino también en tantas situaciones con los Discípulos de Jesús y de María, en la parroquia... Fue clave la proximidad entre estas palabras del santo cura y la oración sacerdotal: *Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo sino por los que tú me has dado, porque son tuyos* (Jn 17, 9). Son suyos, y cuánto sufre por los que no le son fieles.

Cuando el Señor deposita esa intimidad suya, su amor por los sacerdotes, en mi persona frágil, vasija de barro, yo no podía más que saltar de alegría y responder a toda prisa. A pesar de la pandemia, de la sor-



Hna. Rocío Baselga Bellosillo

Me dirijo a todos los seminaristas con el deseo de compartiros la fuerza de mi vocación de oblata. (...) Varios seminaristas fueron en realidad un instrumento del Señor para hacerme ver lo que es el sacerdocio; y aún hoy son para mí un “signo” de la totalidad de los seminaristas del mundo.

presa y el choque que supuso para tanta gente conocida. Cuando Dios habla claro, no se puede dejar pasar.

Después de varios meses de aspirante, “a pesar y gracias a las pruebas”, Dios va poniendo cada vez un amor más grande hacia la Iglesia y los sacerdotes en mi frágil vasija de barro. Porque Dios se sirve siempre de lo débil, lo que para el mundo no tiene sentido. Desde mi pequeña historia quería daros un mensaje de ánimo en vuestras luchas, porque las hay y las habrá, “la vida es combate”, pero *que no se turbe vuestro corazón* ¡el Señor ya ha vencido!